

midad que nos permita mostrarnos tolerantes, según el espíritu del siglo, piadosos en los deslices de nuestros compañeros de viaje, magnánimos con los que lo han menester, es preciso mantenerse en orgulloso aislamiento, sin medirnos jamás en relación con aquellos que nos rodean porque quien lo hace, renuncia en parte a él, pierde la brújula del singular para enrolarse en la maraña del plural, y pasa de la calidad verídica del sustantivo, a la secundaria y circunstancial del adjetivo; cambiando su figura por una proyección, como hizo el can de Eso-po, que soltó la presa que llevaba en el hocico para lanzarse sobre la sombra.

El que pretenda que un reflejo no mienta, se engañará a sí propio: Aquella mañana descendió, pausado, meditando, al lugar bendecido de penumbra donde se ovilla el río en remanso, el leñador desengañado que hacía cuatro noches que no pegaba las pestañas, viendo medrosos fantasmas como los anacoretas que poblaron el arenal. Era su demencia saber, interrogando al agua, al contemplar el lineamiento de su porte, las razones que inducían al vecindario a rechazarlo, y provocaban los desdenes de la moza a quien abriera de par en par las puertas de la imaginación. Y el agua glotona se tragó su imagen, para hablar, en seguida, en favor de los rizos que cayendo sobre la frente ebúrnea, tomaban tan negro afán, que excedían con mucho el brillo de los ojos, quietos dentro del marco del rostro terso, interrumpido apenas por el relieve de la recta nariz, y la rasgadura de la boca en la que se coagulaba la sangre. Entonces, ¿por qué la repulsa, si era hermoso y gallardo? Esta idea lo clavó en la ribera, mucho tiempo, hasta que vino a sacarlo de su éxtasis un viejo veudimiador que así como escuchó sus lamentos, rió y expuso:

—Cosas halagüeñas te dice el agua. ¿No es verdad? Pues bien, no te fíes, que siempre se expresa caprichosamente, desconoce la verdad pura. Fí-

jate. Voy a lanzar este pedruzco. ¿Qué ves ahora? Ah! que tu rostro se ensancha hasta ser digno de monstruos, que tu cuerpo se dobla cual si todos los huesos se te hubieran quebrado! Sin embargo, hace un momento te veías bello. Una piedra ha bastado para deformarte, y habría sobrado con el caer de una hoja, o el soplo de la brisa. Escucha; cuando quieras conocerte, cerciorarte por el tacto, no preguntes, que el agua no dista del criterio vulgar. Empieza por tomarte invertido, los pies en el lugar de la cabeza, la cabeza abajo; y cuando menos lo pienses una ráfaga de envidia, el golpe de un prejuicio, te deformará, imposibilitándote para todo, tornándote infecundo. Yo también me miré en los ojos de las mujeres, claros y dulces como las primicias de mi viñedo, y me busqué en las palabras de los hombres, acres como los fermentos de mis cubos, pero ahora estoy seguro de que debemos consumirnos en nuestro propio fuego a la manera de la leña que tú robas a los bosques, para ser fecundos. Sube al pueblo y entrégate por entero; pero no les preguntes nada. Ellos te recibirán sin agradecimiento, porque los humillas con la limosna de tu ser: sé fecundo.

Y el mozo se fué camino arriba, entonando una canción más alegre que el vino, canción que se perdía entre las frondas del bosque con la cadencia de la leña que arde.

Andando el tiempo, a creer a la tradición, el leñador vivió feliz: Habíase multiplicado y sus hijos nunca consultaron al remanso hasta dónde eran imperfectos.

Multiplicarse es crecer. Nuestra civilización nos ordena crecer multiplicándonos, y nos encierra en los límites de la delincuencia, en el momento en que más esfuerzo hacemos por cumplir con el sagrado precepto, de indiferente modo que si nos ofreciera castigo por defender nuestra vida.

La lujuria no es sino la esterilización del instinto de conservarnos, tomada en el criterio demagógico, y en